



Lejos de aprender la lección del referéndum en torno al divorcio, el Vaticano se ha empeñado en abrir una "cruzada" contra la izquierda, que puede perjudicar aún más sus intereses. En la foto, Pablo VI con el cardenal Antonio Poma, presidente de la Conferencia de Obispos Italianos.

peligrosas: muchas empresas que están sosteniendo su déficit por ayudas invisibles producidas por la corrupción administrativa del Gobierno, tendrían que cerrar y crear una situación de paro. Por lo tanto, lo único que puede salir de las elecciones italianas es la posibilidad de que el "compromiso histórico" entre todos los partidos democráticos se convierta en un Gobierno de coalición con entrada de los comunistas. Es muy probable. Los socialistas han dicho ya —De Martino— que no están dispuestos a formar de nuevo la alianza centro-izquierda que les ha devorado su prestigio y su número de votantes. No parece posible que aun conquistando un regular número de votos como el que va a obtener la Democracia Cristiana reanude la vieja fórmula frente a un partido comunista al que se da como mínimo un 45 por 100 de votantes.

El tema, como se ve, desborda las fronteras italianas. Lo que sucede con las elecciones y con la forma de gobierno que se adopte después va a influir mucho en toda Europa, especialmente en la del Sur. Incluyendo a Francia en este Sur. Francia, como se sabe, es el otro país donde el comunismo puede tener un acceso minoritario al poder en las primeras elecciones, gracias a la alianza de comunistas y socialistas y al desprestigio creciente de una derecha hecha con residuos conservadores, con fragmentos del nacionalismo autocrático del general De Gaulle, con liberales económicos y con derechistas históricos. El "reformismo" propuesto e iniciado por Giscard no ha dado el resultado necesario de una renovación en el contexto social envejecido, y la crisis económica ha herido todas las estructuras, haciendo recuperar un sentido de lucha de clases que se había querido matar. En realidad, lo que llamamos hoy comunismo es la existencia siempre presente de unas cla-

ses sociales maltratadas y oprimidas que se agrupan principalmente en ese partido y en el socialista en los países donde los socialistas ofrecen realmente una solución a los problemas proletarios, que no son todos. No hay que pensar que los electores italianos, y más adelante los franceses, están impregnados de marxismo, imbuidos de leninismo. Lo que tienen es un problema de clase social que no se les ha resuelto por otras vías.

En algunos medios de la derecha occidental comienza ya a aparecer una especie de resignación ante la aparición de los comunistas en algunos Gobiernos, mientras no cesa el espíritu de cruzada, la utilización de todas las armas de combate para evitar que las elecciones del 20-21 de junio sean un auténtico "raz-de marée" que coloquen al partido comunista italiano en un puesto predominante y decisivo en la política nacional y en la internacional. Anotemos que a este espíritu de cruzada y de Santa Alianza le falta, como siempre, imaginación. Ha confiado —también como siempre— en que la fuerza y el predominio de los medios de lucha directa le bastan, y ahora ve sus viejas murallas perforadas. No es época de murallas —no es época de "bunker", por referirnos a términos españoles—, de resistencias y de encastillamientos, sino época de ir adelante y tener gran audacia. Las pobres soluciones que ofrecen los anticomunistas italianos, las de los reformistas franceses, las del mecanismo imperial de Occidente —no digamos nada de las de España, ejemplo de incapacidad, tanto en la derecha "bunkerista" como en la misma reformista, tan coartada y limitada, tan absolutamente cobarde—, no conseguirán sostenerse. Tienen que inventar algo nuevo, tienen que ceder por lo menos parte de sus intereses. No saben hacerlo. Y tienen un miedo paralizante. ■

LoS  
CoNteM  
poRa  
ñEoS

## EL CAMINO DE DAMASCO

**U**NA de las gracias más frecuentes de los viejos totalitarios consiste en llamar totalitarios a los demócratas y en considerarse ellos mismos como demócratas. El lenguaje se está apurando demasiado en este país. Se va a rasgar. De hecho, se rasga. Es cuando se producen los insultos. Ya se va insultando mucho. Uno de estos viejos totalitarios viene a considerar que cuando la democracia no admite su totalitarismo, es que no es democracia y es, "sencillamente, idiota". El español ha gustado mucho de llamar idiotas a sus contemporáneos y amigos. En cualquier conversación se puede advertir que idiota es, simplemente, todo aquél que no está presente.

Otro autor de bastante más entidad, Pedro Lain, a quien le está sucediendo otra de las más frecuentes y terribles aventuras lingüísticas de este país, la de que se atribuyan a quien no gusta palabras que no ha pronunciado y se tergiversa su lenguaje, se deja llevar de esta rasgadura del insulto hacia lo colectivo, hacia unos otros indefinidos y muchos. "Quien me diga estar satisfecho de su propio pasado, es un farsante o un imbécil". ¿Por qué? Cada uno tiene su propio camino en la vida, y no siempre es el camino de Damasco. Ciertamente la satisfacción de uno mismo es siempre peligrosa, pero lo es tanto si se refiere al pasado como al presente. En cuanto a prolongar el pasado, algunos millones de españoles no han tenido necesidad de rectificar, lo cual no quiere decir que no hayan vivido, estén viviendo, vayan a vivir en el error. Pero una cosa es el error y otra la farsa, y la imbecilidad.

Decían los escolásticos —creo: no soy un versado en escolástica— que una sola cosa escapa al poder omnívoto de Dios: cambiar el pasado (Cambiar el presente es algo que escapa simplemente al poder del señor Arias Navarro). Muchos de nuestros contemporáneos quisieran cambiar el pasado. Como no pueden, lo abominan. Y cuando abominan, lo hacen de los que no tienen gran cosa que enmendar del suyo. Es una actitud más bien desesperada. Tranquílcese el señor Lain: a muchos, su actitud de antes, su actitud de ahora, siendo disímiles y contradictorias, nos parecen siempre respetables. Porque proceden de una voluntad de reflexión, de una actitud intelectual —en el más alto grado de la palabra, del concepto—, que no ha dejado de ser honesta. Que ahora coincida con la de los que la hemos tenido siempre, no nos permite calificarnos de imbéciles. Ni a él.

Tiempo de revisiones desgarradoras... Tiempo de afirmaciones triunfales... Malo todo ello. El pasado es aquello a cuyas presiones y a cuyos estímulos tuvimos que responder: cuando un tiempo es fuerte, cuando es dominante y deja poca latitud al individuo, aunque tenga tanto rigor pensante, tanta capacidad interior de respuesta como la puede tener un pensador de la categoría intelectual de Pedro Lain Entralgo, el error es fácil. Si es que hubo error. Cabe maravillarse, sobre todo, de los que en un tiempo o en otro están seguros de acertar o están seguros de haber errado.

Entre los que pueden suponer que no han errado, porque la ola de este tiempo está movida por la mayoría de las personas de buena fe pensante, hay muchas ganas de respetar todos los pasados. Pero no hay ningún deseo de ser considerados como farsantes. Ni como imbéciles. Es una forma de proyección que resulta injusta. ■

POZUELO